

Todos amamos tanto la gloria : ¿pues cuándo la buscaremos en su verdadera fuente? Ciertamente no hay que pensar encontrarla sino en la conformidad de nuestras costumbres con los preceptos de la ley. No hay otro modelo que la vida de los santos ; no hay otra regla que el Evangelio. ¡Qué error ! ¡qué locura ! pretender que las máximas del mundo tengan parte en la regla de las costumbres.

El evangelio es del cap. 12 de san Lucas.

In illo tempore dixit Jesus discipulis suis : Sint lumi vestri præcincti, et lucernæ ardentes in manibus vestris, et vos similes hominibus expectantibus dominum suum quando revertatur à nuptiis : ut, cum venerit et pulsaverit, confestim aperiant ei. Beati servi illi, quos cum venerit dominus, invenerit vigilantes : amen dico vobis, quod præcinget se, et faciet illos discumbere, et transiens ministrabit illis. Et si venerit in secunda vigilia, et si in tertia vigilia venerit, beati sunt servi illi. Hoc autem scitote, quoniam si sciret pater familias, qua hora fur veniret, vigilet utique, et non sineret perfodi domum suam. Et vos estote parati, quia qua hora non putatis, Filius hominis veniet.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos. Tened ceñidos vuestros lomos, y antorchas encendidas en vuestras manos ; y sed semejantes á los hombres que esperan á su señor, cuando vuelva de las bodas, para que en viniendo y llamando, le abran al punto. Bienaventurados aquellos siervos que cuando venga el señor los halláre velando. En verdad os digo, que se ceñirá y los hará sentar á la mesa, y pasando, los servirá. Y si viniere en la segunda vela, y aunque venga en la tercera, y los halláre así, son bienaventurados aquellos siervos. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera á qué hora vendría el ladrón, velaría ciertamente, y no permitiría minar su casa. Estad también vosotros prevenidos, porque en la hora que no penseis, Vendrá el Hijo del hombre.

MEDITACION.

DE LA INCERTIDUMBRE DE LA HORA DE LA MUERTE.

PUNTO PRIMERO.

Considera que todos estamos ciertos que hemos de morir ; pero todos ignoramos cual será la hora de nuestra muerte. Lo único que sabemos ciertamente es, que podemos morir en cualquier hora ; que este dia puede ser el último de mi vida, y que la hora presente puede ser la hora de mi muerte. Persuadidos de esta verdad infalible, ¿en qué fundamos nuestra seguridad? Creer, y no temer ; temer, y no velar, ¿qué puede ser sino impiedad ó locura? ¡Qué! á todas horas puede llegar el Juez supremo para decidir de nuestra suerte eterna ; ¡y no están las cuentas prevenidas ! Seguramente no es tiempo de disponerlas cuando llegue la hora de darlas. Despertar cuando el amo llama á la puerta, ya es fuera de tiempo ; era menester estar en vela, era menester estar ya prevenido para partir ; era menester tener encendidas las lámparas cuando llegase el Esposo. No es entonces tiempo de ir á buscar el aceite, ni tampoco basta tener provision de óleo si está apagada la lámpara. Menester es estar siempre en estado de gracia, velar sin cesar ; porque á no ser así, corremos evidente peligro de ser sorprendidos.

¿Cuántos años ha que yo me hallo en esta dichosa disposicion? ¿Podrá Dios venir cuando fuere servido ; en la segunda, en la tercera vigilia, como en la primera? ¿Hallaráme prevenido para comparecer en su presencia con fundada confianza? ¡Ah, dónde estaria yo ahora si el Señor hubiera ya venido ! Mi Dios, ; en qué error, en qué peligro he vivido hasta aquí ! Nunca me halló el mundo dormido para sus negocios ; ¿pero cuándo me halló Dios despierto para el mio?

¡O gran Dios, y en qué se pasa toda la vida! Gimo, me estremezco solo de acordarme de mi modorra, de mi fatal letargo. Mas pues vos, Señor, me despertais de él, por vuestra divina gracia, haced que en adelante tenga siempre tan presente vuestra venida, que jamás me coja desprevenido.

PUNTO SEGUNDO.

Considera qué gran dicha es la de aquellos fieles siervos que cuando viene el Señor los encuentra velando. ¡Qué alegría también para el Salvador del mundo el coger en ellos el fruto de sus trabajos y de su sangre, el poder derramar sobre sus almas el torrente de sus bendiciones, admitiéndolos al festín, y haciéndolos participantes de su gloria!

Pero, ¡y qué gozo para los mismos siervos fieles el no haberse dejado arrastrar de los falsos atractivos con que el mundo embriaga á sus secuaces! ¡qué placer el no haberse dormido como tantos otros que se dejaron vencer de la modorra!

El Señor siempre viene antes de lo que se piensa. ¡Qué alegría la de haber estado en vela continuamente; la de no haber perdido de vista ni un punto el importante negocio de la salvación; la de haber tenido presente día y noche el pensamiento de la muerte; la de haber perseverado en una vida inocente y rica de buenas obras!

Pon los ojos en san Antonio en el último momento de su vida. Ochenta y cinco años hacia que aquel siervo fiel estaba velando en el desierto para esperar la venida del Señor. A los veinte años de su edad habia dejado el mundo, y habia conservado su inocencia con el continuo ejercicio de una penitencia rigurosa. ¡Oh! ¡y con qué gozo vió que se acercaba ya el momento decisivo de su eterna felicidad! El mismo con-

solaba á los que lloraban porque le perdian. Muere con tanto consuelo, que la alegría que inundaba su alma, no cabiendo en ella, rebosa hácia afuera y se comunica al semblante de su cuerpo moribundo. ¡Qué diferencia, buen Dios, qué diferencia entre Antonio al espirar, y todos esos aparentes dichosos del mundo cuando mueren! ¡O! ¡cuántos duermen, por decirlo así, toda la vida! ¡Pero qué cosa tan terrible es no despertar hasta la hora de la muerte!

Dulcísimo Jesus mio, preservadme de esta desgracia. No, Señor; no habeis dilatado tanto tiempo vuestra venida sino para darme lugar á que me disponga, á que me prevenga para recibirlos. Bendita sea eternamente vuestra piedad, Padre de las misericordias. No, no abusaré ya mas de esta singularísima gracia; desde hoy en adelante quiero vivir como siervo que en todas las horas os aguarda.

JACULATORIAS.

Stulte, hac nocte animam tuam repetunt à te: quæ autem parasti, cujus erunt? Luc. 12.

¡Gran locura el no pensar en la muerte! Esta noche, este día puede ser el último de mi vida, y todo lo que con tanto afán he amontonado ¿de quién será despues?

Vigilate, quia nescitis diem, neque horam. Matth. 25. Velad todos los días, velad todas las horas, porque no sabeis ni la hora ni el día en que habeis de morir, y podeis morir en este mismo día y en esta misma hora.

PROPOSITOS.

1. Además de la importante práctica de un día de retiro cada mes, que es utilísima para prevenir las funestas consecuencias de una muerte repentina, una vez cada semana harás una meditacion sobre la muerte.

No emprendas cosa alguna de consideracion, no hagas viaje ni te entregues á alguna diversion, por honesta, por decente que sea, sin decirte á ti mismo lo que el profeta Isaias dijo á aquel otro rey de Judá (1): *Dispone domui tuæ, quia morieris tu.* Mi fin se acerca; ¿tengo prevenidas todas las cosas? A toda priesa voy corriendo hácia la sepultura; desde ayer acá estoy mas cerca de ella veinte y cuatro horas. El Señor no está lejos. Y aun puede ser que en esta misma hora me esté diciendo, como á aquel rey: Pon en orden los negocios de tu conciencia, porque presto morirás.

2. Siempre que recibas los sacramentos, no dejes de hacerlo como si fuera la última vez que los habias de recibir. Una confesion como si fuera la última, y una comunión como si fuese el viático, no pueden dejar de ser muy eficaces. En tomando todas estas precauciones, no hay riesgo de que el Señor nos coja desprevenidos. Este es uno de los ejercicios piadosos mas importantes. Ten presente que es artículo de fe que nos hemos de morir en la hora que menos lo pensemos (2): *Qua hora non putatis.* No limites únicamente al uso de los sacramentos un ejercicio tan útil. Nada emprendas durante la vida, que no lo mires como lo mirarias en la hora de la muerte: eleccion de estado, negocios de importancia, comercios, cargos, pleitos; el que no se quisiere engañar, todo lo ha de mirar como si estuviera para morir. En vida se miran las cosas á mala luz; para verlas como son, es menester considerarlas á la luz de la candela.

(1) Isai. 38. — (2) Luc. 12.